

DEVOCION DE DAIMIEL A SU PATRONA LA VIRGEN DE LAS CRUCES

Bosquejo histórico sobre la Virgen de las Cruces

Si es cierto que todo pueblo duerme al arrullo de unas notas de recuerdo que destilan su rancia historia quizá no sea menos cierto que en lo que ellos suele haber más grande y más santo tengamos la mayoría de las veces que tr a beberlo en la fontana clara de los labios del vulgo. Esto es lo que sucede de ordinario con las tradiciones religiosas de ciertos pueblos, que, olvidadas por sabidas, todos gozan de su conocimiento y todos a la vez participan de la inexactitud de un porción de circunstancias que tocan de cerca el caso. El hecho de no guardar una memoria felizmente documentada, ante la cual hubiera tenido que caer sin dilación alguna el beneplácito de la más rigurosa crítica, se disculpa al saber que en el tiempo en que acaecía el tal suceso se tenía de él una evidencia tan perfecta que la más ligera impugnación se ponía al momento fuera de tela de juicio. Se aprendió a viva voz y corría por la personalidad propia, al par que la sangre por el cauce de sus venas, la una hinchando el espíritu de fe, la otra haciendo plétórico al cuerpo de salud, resultando con frecuencia que, al hacerla salir del cofre de la tradición, se nos presenta unas veces ataviada de un ropaje poético, veraz pero poco vistoso, como si su autor anónimo, llevado de buena fe, hubiera pretendido elevar al rango de lo intangible aquella verdad que él creía siempre preservada del adulterio, encerrándola en el cauce de un fingido metro y de una disonante rima; y otras veces, teñida de un no sé qué extraño, aparece en son de leyenda para marcar la gravedad de la cuestión que saca al paso. Pero romance y leyenda, despojados del atavío de una forma arcaica y de una pequeña cantidad de circunstancias estériles, pálidas muchas veces, porque adolecen del tinte de la precisión, y agigantadas otras, como parto de una subida inspiración quimérica, dicen mucho. No hay que perder de vista que se hallan informadas todas estas circunstancias por un hecho histórico, por el que, a manera de principio vital, viven y se perpetúan.

Y valgan estos prenotando que vienen aquí como a rillo al dedo. El hecho de que cuantas veces alguien ha pretendido inquirir sobre la aparición de una imagen religiosa y su historia, especialmente en los pueblos pequeños, se ha encontrado de ordinario minuciosa pero demacrada en su esencia, y esto que en la edad temprana lo hemos oído, muchas veces con pasmo propio de tales años, que ha tenido la virtud de hacernos permanecer boquiabiertos, después lo hemos recogido más depurado de la boca desdentada y misteriosa de la ancianidad, comprendiendo que los niños que ya se inclinan son templos en ruinas de los hechos y costumbres de antaño.

Referente a la aparición de la Santísima Virgen de las Cruces, siempre he oído narrar el hecho con ese reguero de sentimentalismo religioso que siembra en el ánimo creyente. El pastorcillo apenado en las arideces de un campo lleno de sol. El jumento en tierra. La carga perdida. La mirada del zagal en el cielo. La aparición de la Señora. En estos términos se resume todo. Ello ha llegado una y mil veces a mis oídos, hecho flor de milagro con la esencia propia de su misticismo. Damos por descartado que la piedad con el mejor empeño hubiera podido zureir en la autenticidad histórica algún pormenor de escasa importancia, sobre el que hubieran podido discrepar las plumas que pulseran tal asunto. No es mi intento hacer un estudio concienzudo que pudiera dar por resultado dejar la cuestión bien deslindada, en términos escuetos y evidentes. Por hoy basta saber que cuantos se ocupan de este asunto concuerdan en las notas esenciales. Las primeras noticias, en poesía un tanto desaliñada, datan del 1560. Fundamentándose en ellas y con otros adjuntos históricos,



DAIMIEL TE SALUDA

Una vez más, ferviente y siempre abierta como el cielo diáfano de sus verdes campiñas, cae ante Ti rendida el alma castellana de tu pueblo.

En los aires del áspero y fértil terruño vienen prendidos los ecos del canto, que con sus mil ruidos forman la entraña viva del pueblo creyente, que te llama y confiesa por MADRE.

Tú eres, la que en justo premio a esas perlas gruesas y calientes que esponjan la tierra desprendidas de cabezas erguidas y frentes honradas, haces crecer y madurar ese oro movedizo que se mece y besa al conjuro de la brisa en las espigas de la estepa castellana.

Tú eres, el santo temor de mi pueblo, cuando vé sobre el suelo repleto de ubérrima cosecha la mano vengadora del agravio, que rasgando el vientre de la nube, puede malograr la alfombra de su heredad, donde tiene puesto la esperanza, el pan y el trabajo.

Tú eres, el relicario que guardas los suspiros y plegarias de otros tiempos, modulados por labios y oerebros que ya están en ruinas.

Tú eres en fin, la herencia sacra de viejos siglos, cuyo vago recuerdo se hermana y besa con el de otros hombres que antaño pasaron por nuestros lajes, empuñando el cetro de la paz como patriarcas de la familia.

En alas del viejo corazón de Daimiel, más creyente que viejo, quedarán grabadas con signos indelebles, las gracias para él dispensadas. eterno testimonio de tu bondad y misericordia.

La médula de su espíritu creyente es el ábito venido de Ti, que obra en él sus más bellas concepciones espirituales.

Salve Madre, porque eres heraldo de sus días de gloria. Salve, porque constituyes su espiritual grandeza. Salve, para que cabe a tu amparo siga por la senda del progreso alumbrado por tí, aurea alborada del más dichoso día.

"de quien un rayo son las cosas bellas
de quien un rayo son las cosas puras"

LUIS MORENO

VINOS Y ACEITES

DAIMIEL

publicó un folleto don Casimiro Martín Serrano, titulado "Daimiel y su Santuario de las Cruces"; pero no es por ahora factible el hacer un estudio que aguilate debidamente todo lo referente al particular y por ello me limitaré a dar unos datos que rocen directamente con la Virgen de las Cruces, dejando por otro lado las disquisiciones de carácter secundario. Recuerdo haber visto esta letrilla, envuelta en ecos de cantar pueblerino:

Desde la Tamarosa
se ven dos luces
la Virgen de la Sierra
y la de las Cruces.

Ello claramente hace alusión al Santuario de la Virgen de la Sierra del pueblo de Villarrubia de los Ojos y al levantado por la ciudad de Daimiel en honor de su Patrona en el mismo lugar de su aparición. Los caminos que ahora bordean al Santuario vinieron sin duda a suplantarse a aquellas otras sendas que unían pueblos limítrofes, borradas (quién sabe) si a fuerza de no transitar por ellas unas cosas andariegas.

Parece justificada la opinión de que haciendo el viaje nuestro joven agraciado por uno de aquellos primitivos caminos, se efectuó la aparición.

Don Inocente Hervás y Buendía, nos dice en su Diccionario histórico que en la antigüedad tres fiestas en honor de la Señora: el 25 de Marzo, día de la Encarnación, el día de la Ascensión y el 28 de Octubre, festividad de S. Simón y S. Judas.

La Virgen, preciosa escultura de mármol, data, según un no desatinado juicio crítico, del siglo XIV. Su forma y expresión están en perfecta consonancia con la estatuaría religiosa de este siglo.

Fácilmente se desprende que el Santuario ya existía por lo menos en el siglo XV, cuando se nos dice que desde este siglo hasta el XVI sólo se llevaba a la ciudad de Daimiel para impetrar de su misericordia la cesación de una calamidad pública. En el siglo siguiente empezó a hacerse ya periódicamente su traslado a la ciudad.

PABLO MARTÍN DE LA SIERRA
Seminarista

A la Virgen de las Cruces

LA REDENCION

¡Campos de Palestina!... ¡Tierra de Cirsto!...
Brenas... regadas con la Sangre de Dios.
Peñas duras... como la cerviz de tus poblados.
Grietas ruinosas... como la conciencia de tus moradores.
Troncos viejos... que aún resisten el fuego del sol.
Caminos retorcidos... como la senda de la vida.
Senderos tortuosos... como las torturas de un corazón enamorado.
Piedras y arbustos... testigos callados de viejas hazañas.
Aridez... como la aridez del alma sin Dios.
Tierra... conquistada con la Sangre de Dios.
Y... ¡tierra perdida!
En la cima de tu montaña se alza una Cruz...
En tus campos tiene asentados sus reales el poder de las tinieblas...
Va a terminar la batalla...
La victoria es de Cristo en la Cruz...
Acaba de morir el Vencedor...
...y a sus pies hay una Madre...
Es una Virgen...
LA VIRGEN DE LA CRUZ...

II LA RECONQUISTA

¡Campos de Calatrava!... ¡Tierra de cristianos!...
Brenas... regadas con la sangre de valientes.
Ni peñas duras... ni grietas ruinosas... porque es blanda la cerviz de tus poblados y es sana la conciencia de tus moradores.
Troncos nuevos... que Fitero trasplantara para desafiar al sol.
Caminos derechos como la senda del bien.
Senderos ondulados... como los rizos de un corazón enamorado.
Ni piedras, ni arbustos... que es tierra labrada con trabajo y regada con sudor.
Tierra llana... como las llanuras de la Mancha.
Murmullo lejano...
Idilio... como el idilio del alma con su Dios.
Tú también fulste tierra prometida.
Y conquistada con la Sangre de Dios.
¡Pero no fulste tierra perdida...!
En el centro de tus llanos se alza una Cruz...
En tus Campos tiene asentados sus reales el poder de la Media Luna...
Va a terminar la batalla...
¡Vence siempre el cristiano!
Pero han muerto los vencedores...
Son muchos y cada uno lleva una Cruz...
Y a los pies de todas, una Madre...
Es una Virgen...
LA VIRGEN DE LAS CRUCES...

III LA CRUZADA

¡Campos de la Mancha!... ¡Tierra de cristianos!...
Brenas... empañadas en sangre.
Peñas duras... como el corazón del verdugo.
Grietas ruinosas... como la conciencia del Sin-Dios.
Troncos viejos... que aún resisten los rayos de un sol ardiente.
Caminos retorcidos... como el alma se retuerce de dolor.
Senderos tortuosos... como las torturas de un corazón enamorado.
Piedras y arbustos... mudos testigos de crímenes sin cuento.
Tierra... que fulste prometida.
Tierra... conquistada con la sangre de tus mejores.
Y... ¡tierra perdida!...

Porque tus Campos no tiene Cruces, no tienes una Virgen al pie de la Cruz.

LA VICTORIA

¡Campos de Daimiel!... Tierra de cristianos!...
Brenas... regadas con sangre de mártires.
Ni peñas duras, ni grietas ruinosas... que ya pasó la hora de la persecución.
Troncos nuevos... cara al sol.
Caminos derechos...
Senderos ondulados...
Toques de oración...
Tierra llana... como las llanuras de la Mancha.
Murmullo lejano...
Idilio... como el idilio del alma con su Dios.
Tú fulste tierra prometida...
Tierra... conquistada con la sangre de tus hijos...
¡¡Ya no eres tierra perdida!!
En el centro de tus llanos se alza una Cruz...
Y en tus campos ya no asienta sus reales el poder de los Sin-Dios...
Pero tus campos están sembrados de Cruces... ¡¡tanto mejor...!!
Mientras tengas CAMPOS DE CRUCES tendrás una VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ...

JUAN ANTONIO M. DE ALMAGRO.

Quisiera cantar...

He querido cantarte, Madre amada,
y he buscado en mi lira un canto tierno,
pregón de las grandezas que el Eterno
diera a tu Concepción Inmaculada...
He querido que fuera mi tonada
clarín de tu pureza sempiterno,
cantor de la derrota que el infierno
sufrió en tu Concepción privilegiada...
Pero he buscado en vano, Madre mía,
cantares a mi lira, que me diera
si cantar tu pureza ella pudiera...
que es grande atrevimiento y osadía
querer cantar grandezas inmortales,
dignas sólo de liras celestiales...
JUAN ANTONIO M. DE ALMAGRO

CASA BLANCO

TEJIDOS Y MUEBLES



DAIMIEL